

DOX IGVAVIO RODRIGUES GAVIAN



La Hija del Oidor.

(MÉXICO.—1807. SIENDO VIRREY EL ARZOBISPO LIZANA.)

Para tan gran deshonor
habéis sido tan guardada!

TORRES NAHARRO,
COMEDIA HIMENEA.

I.

EL PORDIOSERO.

Dos soles son tus ojos,
doncella hermosa,
que al que los ve un instante
luego enamoran.
Eres, morena,
más bella que el lucero
de Noche Buena.

Estos versos se oían de la boca de un hombre que estaba sentado en las gradas de la cruz de cantería que se halla al extremo oriental del atrio de la majestuosa catedral de México.

Era una de aquellas variables noches del mes de Octubre; el cielo, poco antes ador-

nado con la pálida luz de la luna, estaba cubierto de nubes, que se iban juntando para descargar á torrentes sus aguas, como se reúnen á la voz del general los batallones dispersos para dar un golpe decisivo. La estatua ecuestre de Carlos IV (uno de los monumentos más preciosos que tienen los mexicanos) se elevaba en medio de la plaza mayor, como una tumba piramidal en una bóveda fúnebre, y las torres de la catedral, cuyas cruces tocaban casi las negras nubes, parecían dos formidables gigantes que velaban sobre la ciudad silenciosa. De tiempo en tiempo se oía el "¿Quién vive?" de los centinelas, que se miraban pasear en las puertas y esquinas del palacio, como otros tantos fantasmas inquisitoriales que vigilaban atentamente por la conservación de la tiranía y del fanatismo, ó como esos ilusorios vestiglos que guardaban los castillos encantados de los antiguos libros caballerescos.—Aquellos parajes estaban solos, casi desiertos (entonces no se reunían, como ahora, las hermosas mexicanas para formar el interesante y romanesco paseo llamado de "Las Cadenas;") mas de repente sonaban los pasos apresurados de alguno que se retiraba huyendo del huracán. Sólo nuestro alegre cantor permanecía inmóvil sin hacer caso de la tempestad, como no lo hacen de las olas del mar las rocas escarpadas de la costa.

—Aligeremos el paso, papá, decía una

bellísima joven á un anciano, en cuyo brazo se apoyaba, y que á la sazón daba vuelta por la cruz donde estaba el hombre que hemos dicho, y que seguía cantando sus perdurables seguidillas.

—No es este lugar á propósito para cantar el bolero, bergante, que estamos en paraje sagrado, dijo el anciano al hombre al pasar junto de él.

—Tampoco es á propósito ni viene á cuento el apodo con que usía ha tenido la bondad de obsequiarme, señor oidor; respondió el hombre con voz firme, y prosiguió su canto.

—¡Cállese el tunante! exclamó el oidor con semblante iracundo.

El hombre siguió cantando.

—Cerca está el palacio, y traeré una pa-trulla para que te lleve á rebuznar á un calabozo.

—Cada perrillo en su casa ladra.

—¡Calla! gritó el oidor dando una furiosa patada en el suelo.

—Ya callo, dijo el hombre, é hizo un movimiento como para acostarse. El oidor prosiguió su camino arrojando sobre él una mirada amenazadora. Pero apenas había andado un corto espacio, cuando el infatigable cantarín continuó su bolero.

Hay sujetos en México
que son ladrones;

y, libres se pasean...

—si son oidores.

El oidor sintió un trastorno general en todo su cuerpo; no entendió una sola palabra de lo que el hombre cantaba; pero no podía sufrir la burla que se le hacía desobedeciendo sus órdenes. Hubiera querido llamar soldados; pero las instancias de su hija, y más que todo el agua que comenzaba á caer, le hicieron mudar de propósito y apresuró su marcha.

—¡Qué miedo, papá! decía la joven: ¿por qué no traeríamos el coche?....

—Por tí, que quisiste ir á pie. Pero yo tengo la culpa en sacarte: la mujer debe estar siempre encerrada en su casa.

—Pero....

—Hay muchos pillos de estos en México, dijo el oidor para sí, y sin hacer caso de lo que su hija iba á hablar: yo haré que se vigilen, se apresen y se ahorquen. Es necesario usar de mucho rigor con ellos.... sin duda él me conoce: ¿cómo sabe que soy oidor?....—¿Observaste qué clase de vestido tenía?

—Y bien que le observé, sí señor: unos zapatos que parecían rotos, y con la luz de los relámpagos le pude ver bien.

—¿No más los zapatos viste?

—Y unos calzones despedazados, y un sombrero de palma sin ala, y un palo, y un capote como criba.

—¡Ah! pues entonces es alguno de los muchos insolentes pordioseros de rango que tiene México.

—¡Ay! no, papá, más bien parece algún ladrón, asesino, de esos que andan por ahí, con aquellas barbas.... Mi nodriza me ha contado muchas historias, muy terribles y muy sangrientas de Pie-chueco, del Condenado y del Brujo. Si este hombre fuese alguno de ellos.... así me figuro al Brujo.

—Yo le conozco; conozco á los tres: tiempo llegará en que los veamos en la horca.

La joven se estrechaba contra su padre: el temblor se apoderó de su cuerpo, y el espanto aparecía en su rostro; los postes de las esquinas le parecían hombres, y su vista vagaba por toda la calle.

—¡El pordiosero maldito! gritó con espantada voz, al volver la cabeza hacia atrás.

Estaban en la medianía de la calle del Seminario: no había un solo viviente á quien pedir socorro; tan sólo se miraba una luz por la de Santa Catalina, á dos cuadras de distancia, como de algún sereno que atravesaba la calle. El oidor se volvió hacia el hombre que estaba en pie tras de él con su medio-sombrero en una mano, y apoyada la otra en su garrote.

—¿Qué se ofrece? ¿Qué quieres? le gritó con una voz de trueno.

—Una limosna por el amor de Dios.

—No tengo nada.

El mendigo se retiró, y se le miró dar vuelta por la calle del Arzobispado.

El terror se apoderó enteramente del oidor.

—Algo quiere este hombre de nosotros, decía con voz balbuciente, y andaba con cuanta ligereza le permitía su edad, á la par de su interesante hija.

La noche estaba obscurísima, la tempestad rugía, las nubes precipitaban á la tierra mares inmensos: uno que otro relámpago, seguido de un espantoso trueno, alumbraba tan sólo aquella escena de terror: La naturaleza estaba tan conmovida como el alma de un asesino al ir á cometer un crimen.

El oidor ya concluía la espaciosa calle de Santa Teresa, cuando ve un hombre sentado en el poste de la esquina.—¿Juanita, miras á aquel hombre?

—Sí sí; ¡él es! gritó espantada la joven; y desprendiéndose de su padre, echó á correr con la velocidad de que era capaz.

—¡Guardas! ¡guardas! gritaba el oidor con voz ronca y agitada; mas sólo escuchó por respuesta un acento lejano que decía: “¡Las once y lloviendo!” y poco después, muy más lejos, el eco de un silbato, cuyas vibraciones aumentaban lo espantoso de la obscuridad.

El oidor, aterrorizado, por uno de aquellos impulsos que el miedo y el furor hacen nacer en el corazón del hombre, arrebató una piedra, y se arrojó hacia donde el pordiosero debía estar; pero no encontró más que las tinieblas de la noche: el hombre había desaparecido.

II.

LA VIGA.

El oidor era uno de aquellos hombres, cuyas ideas convenían perfectamente con las reinantes á principios de este siglo: no tenía más que una hija, Juanita, y en ella colocaba todas sus esperanzas. Juanita salía de su casa únicamente los días festivos para ir á misa, y esto acompañada del oidor y de una hipócrita é imprudente vieja, parecida á las dueñas que tanto aborrecía el inflexible Sancho.

¿Qué sentimientos podían nacer en el corazón de una joven de quince á dieciséis años, cuando se la trataba con tanto rigor, todo se la prohibía, y era un delito imperdonable el clavar los ojos en alguna cara desconocida? Su imaginación, por naturaleza ardiente, como lo es la de todas las jóvenes que han tenido la dicha de nacer bajo el caluroso sol de México, exaltándose con la bárbara clausura que tenía, se entregó á todo lo novelesco y extraordinario. Figuróse ser una heroína de novela, que estaba en una torre bajo la tiranía de un fiero castellano, y sólo le faltaba un amante que le hablase todas las noches por un postigo, ó que penetrara hasta su aposento por algún obscuro y pavoroso subte-

rráneo. Era imposible, empero, que estuviera mucho tiempo sin encontrar un hombre que la adorase, siendo ella rica, joven, y de casi celestial figura.

Dos veces la había sacado su padre á paseo, y en ambas le había sucedido una desgracia: la última ocasión hemos visto que la atemorizó un pordiosero, la primera fué el principio de todos sus pesares.

A repetidas instancias suyas, el oidor la llevó un día al hermoso paseo llamado de la Viga ó de la Orilla, para que viese el interesante espectáculo de la acequia surcada por canoas de indios traficantes.

La tarde estaba hermosa: el sol, oculto tras de algunas nubecillas, alumbraba sin molestar, y un airecillo fresco y delicioso mitigaba el excesivo calor de la primavera. Varias canoas, cargadas unas de leña ó verduras, dividían las aguas á fuerza de remo; otras iban apiñadas de paseadores villanos ó "léperos," como los llaman en el país, y que entraban en ellas por el moderado precio de un cuarto, de suerte que tenían que ir en pie hombres y mujeres para poder caber. Uno tocaba la guitarra ó el bandolón; casi todos cantaban; y dos, en el corto espacio de cuatro ó seis piés en cuadro, bailaban el monótono é insulso jarabe, no reflexionando en medio de su entusiasmo, que pisaban á algún infeliz, ó derramaban una cuba de pulque. Los que volvían del paseo se diferenciaban de los

otros en las coronas de encarnadas flores que llevaban en la cabeza, dando á lo lejos un golpe de vista tan singular, como si se viera huir un jardín pequeño y florido. La ligera chalupa pasaba rápidamente gobernada por una sola mujer, y las canoas menores trataban de evitar el contacto con esas enormes masas de hombres, para que la gente honrada que llevaban no recibiesen algún dicho picante de la embriagada plebe.

Aquella novelesca escena exaltó la fantasía de Juanita, y manifestó á su padre los deseos que tenía de embarcarse en una de las canoas. El oidor no se pudo negar á una súplica tan justa, y alquiló una, no previendo (lo que era imposible), los resultados funestos que había de tener aquella desgraciada diversión.

Eran las seis de la tarde cuando volvían de su dilatado paseo. El oidor y la nodriza venían extasiados con la vista de las chinampas. Esas verdes islas flotantes, ¿cómo no han de cautivar la atención del hombre? Los que quieren gozar de la naturaleza en su brillantez, que vengán á visitar el delicioso país de los mexicanos.

Los montes que rodean el Anáhuac tenían un color azul más bello aún que el del cielo; México se veía al Norte, como unos paredones antiguos, abandonados á las orillas de una aldea; y al occidente el sol, que se ocultaba tras de los cerros, arrojaba sobre una de las maravillas del

Anáhuac, sobre Chapultepec, sus rayos pálidos y apacibles, como la última mirada que un padre moribundo dirige á su hijo querido.

Juanita estaba en pie contemplando tan interesante espectáculo: su alma se elevaba al país de las ilusiones poéticas; olvidó enteramente el mundo de los mortales, y su acalorada imaginación la transportó á ese hemisferio delicioso de la fantasía, conocido de pocos, y donde reinan los genios privilegiados de Byron de Saavedra.

A un movimiento rápido de la canoa, perdió Juanita el equilibrio y desapareció su cuerpo bajo de las aguas: un instante después se la vió en la superficie luchando con las ansias de la muerte. El oidor arrojó un grito de dolor y desesperación, y se iba á lanzar sobre su hija; pero la nodriza lo detuvo con toda la fuerza de que era capaz.

—¡Socorro! ¡socorro! gritaba el oidor esforzándose en desasirse de la vieja: ¡mi hija! ¡mi hija! ¡Todo mi oro al que liberte á mi hija!

Los remeros, indiferentes ó cobardes, se mantuvieron inmóviles é insensibles.

La joven hubiera infaliblemente perecido, á no ser por una de esas enormes canoas llenas de gente que en el instante mismo pasaba por allí. Un joven, que venía en ella cantando con los demás, se echó precipitadamente al agua entre los aplausos

de sus compañeros de viaje; arrebató á Juanita y con inaudita destreza comenzó á nadar con un solo brazo hasta la orilla de la acequia, donde colocando á la pálida doncella, recibió de sus lindos ojos una mirada dulce y expresiva, con lo que quedó sin duda bien recompensado, pues en vez de esperar el premio que se le debía por derecho, huyó acelerado sin que se le volviese á ver después.

III.

LA FICCION.

Juanita jamás pudo olvidar á su joven libertador: cuando estaba sola recordaba su interesante figura, su rostro varonil, aunque con cierto aire de fiereza; y sobre todo, su generosidad: deseaba volverle á ver, y lo consiguió efectivamente. El joven, por medio del oro, logró ver todas las noches á Juanita, y le juró repetidas veces su amor; le ofreció casarse con ella luego que el aspecto político del país variase, pues acababa de ser aprehendido el virrey Iturrigaray, con el de todos sus adictos, y perteneciendo á ellos el amante de Juanita, estaba proscripta su cabeza. Esto la decía el joven; y la inocente doncella, que ignoraba los asuntos de Estado y no tenía persona humana á quien consultar, creyó cuanto su amante la decía.

Algunos días se pasaron sin que el joven quisiese declarar á Juanita su nombre; hasta que una ocasión, bajo juramento de no descubrirlo á nadie, la dijo que era el licenciado Verdad, que se le creía muerto en la prisión; pero había logrado escapar con el auxilio de varios amigos, dejando un cadáver desfigurado en su puesto.

Algo había de inverosímil en esta relación, pero no era para la fantasía de Juanita el reflexionar un solo instante. Además: sabía ella, aunque confusamente, el suceso del desgraciado Iturrigaray, y tenía alguna idea de que entre sus supuestos, cómplices había un licenciado Verdad; y en fin, confiaba en la palabra de su amante, á quien no creía capaz de proferir una sola mentira.

Juanita, empero, hubiera querido declarar á su padre el estado de su corazón; mas conocía el carácter duro é inflexible del oidor, y sabía que descubriéndole á su amante, era perderlo enteramente, á la par que ella misma tendría que sufrir la clausura en un convento.

Juanita no tenía madre: ¡infeliz! ¡cuán desgraciados son los que la pierden! No sabemos el verdadero precio de una madre tierna, sino después que nos ha faltado.

Una mirada del oidor hacía temblar á su hija. ¡Qué funestas consecuencias acarrea esa abyección en que tenían y tienen algunos bárbaros hombres á sus hijas, y

esa tiranía en que feroces las hunden. Juanita se vió sola, abandonada en el mundo; no hubo quien la dirigiera una mirada de compasión, no halló en quien apoyarse, no encontró un corazón á quien entregar el suyo. La sucedió lo que á un hermoso libro que su dueño tiene guardado en un riquísimo estante, y que por no maltratarle no lo saca á luz, no reflexionando el insensato que á más de inutilizarle, lo abandona á la voluntad de destrozadores insectos.

Juanita perdió su virtud y con ella la felicidad de toda su vida. Comenzó á estar triste; se fué marchitando su belleza, como la flor á la entrada del otoño, como la planta ajada por la huella del caminante.

El oidor lo notó: sospechó que su hija estaba enamorada; pero no se figuró su desgracia: si la hubiera imaginado siquiera, habría matado indudablemente á Juanita. Tomó todas sus precauciones: éstas suspendieron las visitas de Verdad, pero no las cortaron. Juanita escribió á su amante que iba poniéndose en estado de no poder disimular delante de su padre; y concertaron los jóvenes el medio que habían de tomar para volver á verse. Juanita pidió á su padre que la llevase una noche al coliseo, que jamás había visto, para gozar de las gracias del célebre andaluz Luciano Cortés, que entonces llamaba la atención de los mexicanos, según el testimonio